

1914

EL QUIEBRE DE LA HISTORIA

*Causas y consecuencias de la
primera guerra mundial*

-ooo0ooo-

Jesús Sánchez Rodríguez

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2014
o

El autor autoriza la copia y difusión libre de este trabajo con la sola condición de que sea sin ánimo de lucro y citando la fuente original.

A los solos efectos de evitar improbables, pero no imposibles, intentos de plagios, esta obra ha sido registrada en el Registro Central de la Propiedad Intelectual del Ministerio de Cultura del Gobierno de España en enero de 2014.

Maquetación actual: Demófilo, febrero de 2014.

∞∞

ÍNDICE

Introducción	4
<i>LA SITUACIÓN ANTERIOR A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL</i>	6
La situación geoestratégica mundial	6
Preparación para la guerra	8
El impulso nacionalista	11
El colonialismo y el imperialismo	13
La situación económica	16
El movimiento obrero y el socialismo	18
<i>LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL</i>	24
Desarrollo	24
Oposición socialista a la guerra	27
La revolución rusa	29
La tratados de paz y sus consecuencias	33
Agitaciones y rebeliones en Europa	36
<i>LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA</i>	38
La situación económica tras la 1ª. guerra mundial	38
Nacionalismo y colonialismo al finalizar la guerra	40
Revoluciones y represión en Europa	43
Extensión inicial de los derechos democráticos	46
Crecimiento del fascismo y autoritarismo en los años 20 en Europa	50
<i>CONCLUSIONES</i>	55
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	60

EN 1914, en vísperas de la primera guerra mundial, Europa dominaba el mundo. La revolución industrial y el desarrollo capitalista habían provocado un enorme crecimiento de la riqueza y habían impulsado el poder de los Estados europeos que habían extendido su dominio colonial por el mundo, especialmente en África y Asia, durante el último tercio del siglo XIX. La dominación burguesa en el plano social, político y cultural se había extendido haciendo retroceder a las clases del antiguo régimen.

Pero, al lado de esta tendencia expansiva del dominio capitalista europeo toda una serie de señales mostraban las fuerzas que le amenazaban y que saldrían violentamente a la superficie con el estallido de la primera guerra mundial, abriendo un período de grandes transformaciones durante los siguientes decenios, y provocando de esta manera uno de los cambios más profundos de la historia moderna. Las rivalidades entre las potencias europeas se intensificaron en el período anterior al desencadenamiento del conflicto y entraron en escena otros aspirantes imperialistas extra-europeos como Estados Unidos y Japón. El movimiento obrero desafiaba al dominio burgués y continuaba su expansión por el continente. El nacionalismo se había convertido en una formidable fuerza que amenazaba especialmente a los viejos imperios en decadencia como el austro-húngaro y el turco, pero que también contribuía a reforzar las aspiraciones imperialistas y los conflictos estatales.

A pesar del incremento de las tensiones y conflictos que se sucedieron en los años inmediatamente anteriores a la gran guerra, parece que nadie deseaba un conflicto de las características que

asoló Europa. La carnicería y las miserias que desencadenó cambiarían en poco tiempo el combativo espíritu patriótico inicial de cada país por otro de amargura y rebelión que trasformaría el mapa geopolítico de Europa con la desaparición de viejos imperios y monarquías, la aparición de nuevas naciones y el desencadenamiento de revoluciones proletarias que darían lugar al nacimiento del primer Estado obrero de la historia.

Pero si estas fueron las consecuencias inmediatas provocadas por la primera guerra mundial, su onda de choque se prolongaría mucho más allá de 1918. En realidad, como sostienen muchos autores, en 1914 se iniciaron tres décadas de guerras mundiales tras las cuales el mundo cambió totalmente.

LA SITUACIÓN ANTERIOR A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La situación geoestratégica mundial

En la primera década del siglo XX Europa ejercía la hegemonía mundial apoyándose en la fuerza expansiva del sistema económico dominante, el capitalismo, y de su superioridad intelectual, técnica y militar, a su vez todo ello acompañado de su expansión demográfica – representaba el 26% de la población mundial – y su fuerte emigración. Si se exceptúan algunos territorios como los dominios británicos, EEUU y Japón, el resto se situaba en una relación colonial o semi-colonial con Europa fruto de su política de expansión imperialista. Pero había tres factores que representaban un peligro progresivo para dicha hegemonía: las rivalidades imperialistas de las grandes potencias generaban un caos creciente en las relaciones internacionales; aparecían serios competidores extra-europeos como EEUU y Japón; y una serie de problemas internos recorrían los Estados europeos, entre los que sobresalían la agitación social y política del sindicalismo, los partidos socialistas y el nacionalismo.

En vísperas de la primera guerra mundial en Europa había una gran potencia mundial hegemónica, Gran Bretaña, en fase de declinación. Según la teoría del sistema-mundo,¹ de esta declinación

¹ Arrighi y Wallerstein son los dos principales autores adscritos a la teoría del sistema-mundo. Esta teoría distingue cuatro ciclos centrados en otras tantas potencias hegemónicas, que corresponden aproximadamente a un siglo largo y que tienen un pequeño solapamiento. El tercero es el ciclo británico, y abarcó aproximadamente desde mediados del siglo XVIII hasta principios del siglo XX. Lo más característico del tercer ciclo, centrado en el Reino Unido, fue la fusión entre capitalismo e imperialismo. En este tercer ciclo, la etapa de hegemonía ascendente tuvo lugar entre 1798-

hegemónica debería surgir una nueva potencia hegemónica mundial, ésta sería la vencedora en la guerra mundial en dos fases que se desarrollaría en el mundo en las tres décadas siguientes.

Pero en el continente europeo la potencia dominante era Alemania, después de su victoria sobre Francia en 1871. Su nueva situación en Europa la llevó a ambicionar una posición importante también en el reparto colonial del mundo,² en el cual tenía una posición retrasada frente a los dos grandes imperios coloniales europeos, Gran Bretaña y Francia. Su nueva posición continental la convirtió en uno de los aspirantes a la nueva potencia hegemónica mundial en sustitución de Gran Bretaña.

Otros tres imperios territoriales, en fase de decadencia, se asentaban en Europa o en sus límites, Austria-Hungría, Rusia y el Imperio turco. Los tres tenían intereses y ambiciones en los Balcanes dónde se enfrentaron inmediatamente antes de la primera guerra mundial. El Imperio turco terminó de perder sus territorios en esa zona en la guerra de 1912 y quedó aún más debilitado; en realidad estaba bajo control de las potencias europeas de las que dependía para su desarrollo económico, y que, a su vez, temían por su supervivencia. Austria-Hungría estaba minada por los problemas internos de las diferentes nacionalidades que la componían y vio frustradas sus ambiciones en los Balcanes con el ascenso de Serbia. Rusia fue la más beneficiada con el retroceso turco y por su alianza con Serbia, pero internamente también atravesaba problemas, había sido derrotada por Japón en 1904, y la revolución de 1905 había obligado a hacer concesiones a la autocracia zarista.

Fuera de Europa otras dos potencias comenzaban a despuntar. En primer lugar, los EE.UU. que había completado su expansión interior, había empezado a extender su dominio por el resto del conti-

1815, la victoria hegemónica entre 1815-1850, la madurez hegemónica entre 1850-1873, y la declinación entre 1873-1897.

² La weltpolitik alemana era la política destinada a hacer del Reich una potencia mundial similar al imperio británico.

nente americano y se había convertido en la primera potencia industrial, sobrepasando a los europeos en diversos campos ya antes de la primera guerra mundial gracias a la abundancia de recursos naturales y la llegada de inmigrantes europeos. Estas características y su posición geográfica alejada del teatro de los conflictos europeos le convertirían en el segundo y mejor situado de los aspirantes a nueva potencia hegemónica mundial. Japón era la segunda potencia extra-europea en ascenso, después de su tardía pero rápida industrialización impulsada por el Estado. Antes de 1914 había derrotado a China y Rusia y había extendido su dominación a Manchuria, Corea, Formosa y otros lugares de Asia, impulsada por la necesidad para su economía de asegurarse mercados externos y reservas de materias primas.

Preparación para la guerra

El punto de partida se debe de situar en unas décadas anteriores cuando, después de la derrota francesa por Prusia se creó el imperio alemán.³ A partir de ese momento, la preponderancia continental conseguida por Alemania fue mantenida en los años siguientes mediante una serie de alianzas establecidas a su alrededor por la diplomacia de Bismark, su objetivo principal era aislar a Francia para evitar que pudiese llevar a la práctica el deseo de desquite por su derrota. Estas alianzas se concretaron en tres sistemas diferentes y consecutivos de acuerdos en los que participaron, además de Alemania, Rusia, Austria-Hungría, e Italia. El objetivo de Bismark era doble, aislar a Francia, a la que había derrotado en 1871, y neutralizar a Rusia. El primer objetivo lo consiguió con gran éxito, en tanto que el segundo fue más frágil.

La situación europea estaba atravesada por una fuerte tensión provocada, de un lado, por el sentimiento de revancha que se

³ Apoyándose en esta victoria Bismarck y Prusia crearon mediante una revolución desde arriba el imperio alemán de carácter burocrático-militarista, semi-absolutista y pseudo-constitucional.

desarrolló en Francia y, por otro, por la competencia entre Austria-Hungría y Rusia por su expansión por los Balcanes a costa del debilitado imperio otomano. Éste había visto como en dicha región lograban su independencia Serbia, Montenegro, Grecia y Rumanía y era sacudida por la insurrección de 1875.

La caída de Bismark en 1890 llevó a la ruina la arquitectura europea levantada por el canciller -al rechazar Alemania el pacto secreto existente con Rusia- cambiando la situación geoestratégica europea debido fundamentalmente a la nueva alianza entre Francia y Rusia, que funcionó como un contrapeso a la triple alianza entre Alemania Austria-Hungría e Italia. Esta nueva situación abrió un proceso que terminaría en la conformación de dos bloques adversarios de países aliados, de un lado estaba la vieja triple alianza señalada, y de otro la triple entente formada entre Gran Bretaña, Francia y Rusia. Tras la destrucción del sistema bismarkiano las dos décadas siguientes conocieron la continuación de la expansión europea por el mundo y, sobretodo, un importante aumento de las tensiones entre las grandes potencias europeas.

Las tensiones entre las grandes potencias se agravaron por los enfrentamientos derivados del expansionismo colonial en el que chocaban continuamente sus intereses y llevaron en las tres décadas anteriores al estallido de la primera guerra mundial a una situación de enfrentamientos armados continuos de diferente gravedad. El imperialismo inglés, aún hegemónico, miraba con preocupación la voluntad alemana de convertirse en una potencia naval y acceder al grado de gran potencia fuera de Europa, la inquietaba la expansión rusa en el extremo oriente, y mantenía la pugna con Francia sobre todo en África.

El resultado se tradujo en un aumento del ambiente nacionalista y militarista, y en la intensificación de la carrera de armamentos, cuyo ejemplo más representativo fue la gran flota de guerra levantada por Alemania con el objetivo de convertirse en una gran potencia.

En el período inmediatamente anterior al estallido de la primera guerra mundial se produjeron tres grandes crisis que anunciaron la catástrofe que se avecinaba en Europa al contribuir a elevar la tensión hasta convertir la situación en incontrolable.

Las dos primeras crisis tuvieron por escenario a Marruecos y como protagonistas principales a Alemania y Francia. La de 1905, provocada por Alemania, buscaba detener el avance francés en ese territorio del norte de África a la vez que romper la entente cordial con el Reino Unido. La conferencia de Algeciras de 1906, que cerró esta crisis, fue favorable a los intereses franceses.

La segunda crisis se originó en la ocupación de importantes ciudades de Marruecos por Francia, violando los acuerdos de Algeciras. A pesar del elevado nivel de tensión, la crisis se cerró con un nuevo acuerdo mediante el cual a Francia se la reconocía el derecho a establecer un protectorado en Marruecos a cambio de concesiones territoriales a Alemania en África.

La tercera crisis se presentó en forma de las guerras en los Balcanes en 1912-3. Si entre la primera y segunda crisis marroquí tuvo lugar la anexión por Austria-Hungría de Bosnia-Herzegovina, en 1908, para frenar el avance serbio en la región, casi sin acabar esta segunda crisis Italia declaró la guerra a un imperio otomano ya debilitado por la sublevación de sus territorios en los Balcanes; el objetivo italiano fue la obtención de la Tripolitana y la Cirenaica. La victoria italiana llevó a que los Estados cristianos de los Balcanes también declarasen la guerra al imperio otomano y consiguiesen la independencia de Macedonia, Tracia y Albania. Sin embargo, los desacuerdos posteriores entre los vencedores por el reparto de los territorios conseguidos al viejo imperio desembocaron en una nueva guerra, en 1913, entre Bulgaria de un lado y Serbia y Grecia de otro con la victoria de estos últimos. El camino de Serbia hacia gran potencia balcánica beneficiaba a su aliado ruso en perjuicio de Austria-Hungría y hacía subir de nivel la tensión en la región.

Así pues, en el verano de 1914 el asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo proporcionó a Austria-Hungría la ocasión para disciplinar al movimiento nacionalista de los eslavos del sur que amenazaba con desmembrarla y destruir el ascenso de Serbia a potencia regional. Pero Rusia no iba a permanecer pasiva ante la amenaza de destrucción de su aliado serbio y la conversión de Austria-Hungría en la potencia dominante en los Balcanes. Alemania apoyaba a Austria-Hungría, su aliada por más de 35 años, por temor a que sus tensiones nacionalistas internas terminasen destruyéndola, y Francia apoyaba a Rusia porque su derrota por Alemania la dejaría desamparada en Europa frente a su gran adversario alemán.

En 1913 los dos bloques enfrentados en Europa se reforzaron, en su seno los núcleos duros eran las alianzas entre Francia y Rusia, y entre Alemania y Austria-Hungría. Aunque ninguno de los actores buscaba una confrontación como la que se desencadenó en 1914, todos los elementos estaban preparados para ello, la atmósfera de tensión entre los distintos países, los compromisos de las alianzas, las opiniones públicas exacerbadas por la propaganda nacionalista, y los intereses de cada potencia en el desencadenamiento de una guerra prevista como de corta duración.

El impulso nacionalista

El nacionalismo fue la fuerza política y social más intensa de las que recorrían el mundo anterior a 1914 y mantendría su potencia movilizadora después de la gran guerra, de un lado, asociada a la nueva ideología nazi-fascista y, de otro, expandiéndose con fuerza fuera de Europa. Sus dos grandes competidores europeos eran el liberalismo y el socialismo, pero se impuso a ambos ampliamente. El nacionalismo fue estimulado en los inicios del XX por la psicosis de guerra creada por los continuos conflictos coloniales y europeos y por la carrera armamentística en la que se sumergieron las potencias, y fue reforzado por los grandes medios de comuni-

cación y la creación de numerosas organizaciones patrióticas.

La Europa del siglo XIX era un espacio de Estados contruidos sobre el principio nacional con la excepción de Austria-Hungría, que se apoyaba en el principio dinástico y sufría continuas tensiones nacionalistas en su seno. Incluso la autocracia zarista apelaba al sentimiento nacional ruso.

El nacionalismo se manifestaba en todos los rincones de Europa en sus dos vertientes opuestas. En unos lugares como impulso de liberación de las nacionalidades que se sentían oprimidas, como era el caso de Irlanda respecto a Gran Bretaña, Alsacia-Lorena respecto a Alemania resistiendo la germanización, las distintas nacionalidades del imperio de Austria-Hungría (checos, eslovacos, polacos, alemanes, húngaros, italianos, eslovenos y serbios), o los diferentes pueblos de los Balcanes respecto al Imperio Otomano, también en Rusia se hacía sentir la inquietud con la agitación de finlandeses, polacos y rumanos. En otros lugares el nacionalismo se expresaba como fuerza expansiva conquistadora como era el caso de las potencias imperialistas de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia o Japón.

A principios del siglo XX la actividad reivindicativa en Irlanda giraba en torno a la consecución de la autonomía política. El nacionalismo polaco se expresaba en Rusia, Alemania y Austria-Hungría con el objetivo de conseguir de nuevo la independencia de Polonia. Rusia se presentaba como la protectora de los eslavos en los Balcanes y buscaba el acceso al Mediterráneo y la expansión por el extremo oriente. Italia reclamaba territorios bajo soberanía de Austria-Hungría y sería la causa de que en la guerra, tras una primera etapa neutralista, se alinease finalmente con la Entente, y su sentimiento nacionalista fue exacerbado por sus fracasos en Túnez y Etiopía a finales del siglo XIX. El pangermanismo hacia que Alemania ambicionase extenderse por los territorios europeos con poblaciones de lengua germana y fundar colonias fuera de Europa. El nacionalismo serbio se orientó a la creación de la gran Serbia, a la vez que rivalizaba en los Balcanes con los

nacionalismos búlgaro y griego originando la guerra de 1913. En Japón sus deseos expansionistas se fundaban en motivos económicos estratégicos y nacionalistas, el sentimiento de superioridad nipona.

El colonialismo y el imperialismo

En las últimas décadas del siglo XIX se produjo la gran expansión colonial de las potencias europeas por Asia y, especialmente, África, en la que solo dos territorios consiguieron mantenerse formalmente independientes, Liberia y Etiopía. En ella participaron especialmente Gran Bretaña, Francia, Rusia, Japón y Alemania, pero también en menor medida Italia y EE.UU.

La expansión imperialista estuvo impulsada especialmente por motivos económicos como la necesidad de nuevos mercados para sus mercancías - como consecuencia de la política proteccionista en Europa - y sus capitales excedentes, y la obtención de materias primas. Pero también fue reforzada por argumentos de prestigio de Estado, orgullo nacionalista y superioridad racial, y por necesidades de orden estratégico para los imperios más desarrollados como Gran Bretaña y Francia.

En África las dos grandes potencias dominantes eran Gran Bretaña y Francia, y en menor medida Portugal y Bélgica, pero la novedad provino de la ambiciosa voluntad alemana de participar en el reparto con su proyecto de crear una gran zona colonial en el centro de África (Mittelafrika) a la que pensaba añadir en el futuro las colonias portuguesas y belgas.

En Asia la expansión colonial europea se encontró con una situación más compleja debido a dos factores, la existencia de países con fuerte peso histórico como China y la competencia de dos potencias extra-europeas como EEUU y Japón, además de Rusia. Esta situación hizo más compleja la colonización, obligando a negociaciones entre los colonizadores.

EEUU se inclinó más que por las conquistas territoriales por la extensión de su influencia comercial y financiera aunque se anexionó diversas islas en el Pacífico (Hawái, Samoa) y Filipinas; su principal territorio de expansión fue América Central con el canal de Panamá, el protectorado sobre la República Dominicana, el cuasi protectorado en Haití, un cuerpo de ocupación en Nicaragua, y el anclaje de Cuba en su órbita política. Japón, por el contrario, se mostró insaciable por conquistar territorios en Asia y convertirse en una gran potencia, lo que empezó a realizar a finales del siglo XIX tras derrotar a China y ocupar Corea y parte de Manchuria. Esta ocupación le llevó a la guerra con Rusia, a la que derrotó en 1904 y a la posterior colonización de Corea. Al inicio de la primera guerra mundial se había convertido en una importante potencia colonial.

Los choques imperialistas tuvieron tres zonas calientes, el Mediterráneo, Asia y África. En la primera las tensiones se concentraron al principio en Túnez y Egipto con tres potencias en liza, Gran Bretaña que lograría dominar Egipto, Francia que convertiría a Túnez en un protectorado, e Italia que quedaría fuera de juego. Posteriormente, como hemos visto, las crisis imperialistas se centrarían en Marruecos entre Francia y Alemania.

En África las condiciones de colonización del continente fueron acordadas por las potencias europeas en la Conferencia de Berlín de 1884; las rivalidades se agudizaron en África central, pero también los ingleses chocaron en su expansión con los intereses alemanes en África del Sur y con los franceses en el alto Nilo. En Asia, la tensión fue muy alta en Afganistán entre Gran Bretaña y Rusia que luego se trasladaría a Persia, y en Siam entre Francia y Gran Bretaña, pero el conflicto principal se desarrolló entre Rusia y Japón en torno a Manchuria con la derrota de la primera. Alemania, por su parte, se convirtió en una potencia en el Pacífico.

El fuerte impulso imperialista de las grandes potencias a finales del siglo XIX y principios del XX hizo que diversos autores se ocuparan de este fenómeno tan intenso y característico de la épo-

ca, de entre ellos sobresalen dos, uno en el campo burgués, Hobson, y otro en el campo socialista, Lenin.

En su obra publicada en 1902, el economista John A. Hobson señala como causa fundamental del imperialismo el exceso de capitales generados en los países industriales como consecuencia, a su vez, de la desigual repartición de la renta nacional que da lugar al subconsumo de las masas a favor de los beneficios capitalistas. Ese subconsumo actúa como un límite a la inversión y desarrollo de la producción en los países capitalistas, y para salvar este límite las burguesías se lanzan a la conquista de nuevas áreas de inversión. Esta política imperialista es sostenida y reforzada a través del Estado, promoviendo la ocupación colonial y el militarismo, y la creación y exaltación de sentimientos nacionalistas y racistas basados en el argumento de la misión civilizadora. La propuesta de Hobson para revertir las tendencias imperialistas en vigor era la reforma económica que, a través de la elevación del poder de compra de las masas, generase nuevas oportunidades de inversión en el interior de los países capitalistas y evitase, de esta manera, la necesidad incesante de nuevos mercados exteriores.

El análisis de Lenin sobre el imperialismo está escrito en 1916, y se apoya en las contribuciones de Hobson e Hilferding. Sin embargo Lenin pone el acento en la relación entre el capital monopolista y el imperialismo y rechaza la tesis del subconsumo de Hobson. Lenin presenta al imperialismo como la última etapa del capitalismo, cuando su desarrollo le lleva a sustituir la libre competencia por los monopolios capitalistas, siendo sus otras características el nacimiento de una oligarquía financiera a través de la fusión del capital bancario e industrial, la importancia de la exportación de capitales frente a la exportación de mercancías, la repartición del mercado mundial por grandes monopolios capitalistas, el reparto territorial del planeta entre las principales potencias capitalistas, el predominio a nivel interno del sector rentista capitalista frente al sector productivo y a nivel internacional de los Estados usureros frente a los Estados deudores, la inevitabilidad de las

guerras inter-imperialistas por el reparto de las zonas de influencia y de las colonias, y la consideración del imperialismo como un capitalismo en descomposición.

Samir Amin, por su parte, diferencia el imperialismo actual, vigente desde 1945 y al que denomina imperialismo colectivo, del imperialismo predominante en el siglo XIX y hasta la segunda guerra mundial al que denomina imperialismos en conflictos permanentes, caracterizado por unas relaciones de competencia permanentes y violentas.

La situación económica

Con el inicio del siglo XX, Europa continuaba siendo la mayor potencia financiera mundial, obteniendo grandes beneficios de sus inversiones fuera del continente, y la principal zona industrial, inundando con sus productos el resto del mundo. Sin embargo no se puede ver a la Europa de la época de una manera homogénea, en realidad estaba dividida entre una parte central y nórdica dotada de una industrialización pujante (Inglaterra, Alemania, Francia, Holanda, Bélgica) y una Europa meridional y oriental predominantemente agrícola y atrasada. El resto del mundo permanecía en un régimen colonial o semi-colonial -con la excepción de EE.UU., Japón y los dominios británicos- sometido a los imperios europeos que extienden sus dominios por gran parte del mundo. Aunque no cabía ninguna duda de la situación de dominio indiscutido de Europa -y a pesar de los síntomas de que ya empezaba a ser amenazada por EE.UU.-, ésta se derrumbaría bajo las consecuencias que arrancan en la primera guerra mundial y se consolidan en el segundo gran conflicto mundial.

En 1897, una vez que fue superada la gran depresión de la fase anterior, se inició la fase ascendente de la tercera onda Kondratiev, que se extendió hasta 1914, en la cual se produjo una expansión formidable de la economía capitalista. En esta fase tuvo lugar

una importante transformación capitalista cuyo origen habría que buscar en la crisis precedente, se trataba del aumento de los trusts y los monopolios, y la concentración operada en favor del capital financiero, lo que redundó en el incremento del beneficio patronal. Esta tendencia fue también reforzada por la revolución que tuvo lugar en la gestión, y que empezó a implantarse en la fase anterior.

Se produjo una expansión de la actividad económica y de los precios. La producción industrial aumentó un 75% y el comercio internacional se duplicó en 13 años. Es importante retener que justo antes del inicio de la primera guerra mundial más del 80% de las inversiones internacionales procedían de Gran Bretaña, Francia y Alemania, el comercio internacional era mayoritariamente europeo, ejerciendo también la supremacía monetaria. Se produce una aceleración progresiva de las técnicas descubiertas antes de 1914 como la electricidad o el motor de combustión interna, aunque el carbón continúe siendo el primer suministrador de energía. La expansión continua del maquinismo que desplazaba al trabajo especializado desembocó en la organización del trabajo en serie (fordismo) y la aplicación del método científico del trabajo que considera al hombre como un apéndice de la máquina (taylorismo). Y se inició la larga era del dominio del petróleo y el automóvil.

La expansión general de esta fase ascendente no fue perturbada más que mínimamente por las tres crisis pasajeras que tuvieron lugar en 1900-1, 1907 y 1912-3. El pánico de 1907 estuvo originado en la pérdida de confianza en los fondos de inversión especulativos de Estados Unidos y llevó a la amenaza de colapso de todo el sistema financiero ante la inexistencia de un banco central capaz de inyectar liquidez. A partir de este episodio se va a crear la Reserva Federal de EEUU como coordinación de 12 bancos nacionales y con una función equivalente a un banco central.

Como hemos tenido ocasión de ver con anterioridad, durante el medio siglo posterior a la fase descendente de 1873-96 se fueron

extendiendo las guerras abiertas entre las potencias capitalistas, que fueron sustituyendo a las guerras comerciales y de precios entre empresas. Los conflictos se originaron inicialmente en torno al reparto colonial y las zonas de influencia, estos conflictos inter-imperialistas finalmente se transformaron en un conflicto abierto en suelo europeo con extensión al resto del mundo durante dos terribles guerras mundiales. Entre las consecuencias económicas originadas por estos conflictos se encuentra la práctica desaparición del mercado mundial en las décadas de los años 30 y 40 del siglo XX.

El movimiento obrero y el socialismo

En el período anterior a la primera guerra mundial el movimiento obrero había alcanzado sus máximas cotas como fuerza antisistémica central y el marxismo había consolidado su hegemonía en su seno. El marxismo había continuado extendiendo su influencia por la Europa continental, pero se vio obstaculizado en la Europa meridional por la competencia del anarquismo, y en los países anglosajones por la influencia del reformismo. También, en la organización más poderosa e influyente de la segunda internacional - la socialdemocracia alemana -, apareció una corriente revisionista que sembraría el germen de la posterior escisión de los partidos socialistas entre un ala reformista y otra revolucionaria.

El movimiento obrero había sido capaz de levantar enérgicas organizaciones sindicales y partidos políticos que se coordinaban a través de la segunda internacional. Pero esa imagen de poderío mostraría ser un espejismo cuando se enfrentó a la prueba de la guerra y el nacionalismo arrastró a la inmensa mayoría de sus componentes a la defensa de la patria. La actitud ante la gran guerra de los partidos socialistas también precipitó definitivamente su escisión.

Al inicio del siglo XX continuaron los conflictos laborales que se

habían agudizado durante la década de 1880. Formaban parte de la gran ofensiva sindicalista que tuvo lugar en Europa y EE.UU. Al lado de la segunda internacional de los partidos socialistas y de los sindicatos reformistas de Inglaterra, Alemania o EE.UU., una corriente sindicalista basada en la acción directa y apoyándose en el mito de la huelga general se había extendido entre los círculos libertarios y entre los países del sur de Europa o EE.UU.

Dos grandes acontecimientos revolucionarios que se produjeron en el margen o fuera de Europa marcaron el inicio del nuevo siglo. El primero es la revolución rusa de 1905, que no consiguió acabar con el zarismo ruso pero sirvió de ensayo al éxito definitivo que la revolución alcanzaría en Rusia en 1917. La segunda es la revolución mexicana iniciada en 1911. Pero no se trataban de hechos aislados, formaban parte de otras grandes movilizaciones o insurrecciones de la época como las grandes huelgas de principios de siglo, la semana trágica de Barcelona en 1909 contra la movilización para la guerra de Marruecos, o la semana roja italiana de junio de 1914 desatada a partir de la represión de una manifestación contra el belicismo previo a la gran guerra.

Tras la derrota de la Comuna de París y el fin de la primera internacional la sucedió la creación de la segunda internacional que terminó definiéndose como una organización de partidos nacionales de orientación marxista, y con el objetivo de la conquista del poder político para alcanzar el socialismo, liderada por el prestigio y el poder, alcanzado en el terreno electoral, de la socialdemocracia alemana. En paralelo, el anarquismo se atrincheró en los sindicatos revolucionarios.

El internacionalismo era una de sus señas de identidad más características de la segunda internacional y, en este sentido, se oponía a las corrientes nacionalistas pujantes en Europa. Hubo cinco asuntos principales que ocuparon su atención, el de la participación en gobiernos no socialistas (el caso Millerand entre 1890-1900), el problema de la unidad socialista (especialmente en Francia donde llegaron a existir seis partidos), la oposición al

revisiónismo, la revolución rusa de 1905, y, el que fue trascendental para su existencia, el peligro de guerra imperialista.

En el congreso de París, en 1900, la internacional aprobó una moción para luchar por todos los medios posibles contra la política de expansión colonial de las potencias capitalistas y contra el militarismo que incluía, como formas de acción, la votación de los socialistas en sus respectivos parlamentos en contra de todos los presupuestos militares y navales o gastos en aventuras coloniales, así como la organización de protestas y manifestaciones en los casos de amenazas de crisis internacional. También se discutió, aunque se aplazó la decisión, sobre la posibilidad de declarar una huelga general en contra de la guerra. Este tema ocuparía la atención de los siguientes congresos.

El siguiente congreso de la internacional se celebró en 1904 en Amsterdam y estuvo centrado en la condena del revisionismo y en el impulso hacia la unificación socialista dentro de cada país, siendo escasa la atención hacia el problema del imperialismo y el militarismo.

En el congreso de Stuttgart de 1907 los asuntos de la internacional empezaron a estar dominados por la amenaza de guerra entre las grandes potencias europeas y su atención se centró en la cuestión práctica de la acción socialista para evitar la guerra, cuestión que ocupó las discusiones principales. Los dilemas planteados eran varios: entre la oposición a los gobiernos capitalistas y la obligación de la defensa nacional en caso de guerra, si apoyarían al pacifismo burgués en sus intentos para evitar la guerra, si se podía distinguir entre guerras ofensivas y defensivas y, si debían considerar el comienzo de una gran guerra como la señal para una revolución proletaria internacional. Finalmente, la propuesta debatida y aceptada casi por unanimidad sobre el tema de la guerra declaraba que las guerras eran propias de la esencia del capitalismo, siendo los trabajadores el sector que principalmente sufría con ellas y sus enemigos naturales, pero no se pronunció sobre la acción a llevar a cabo en caso de guerra, pues ésta variaría según el

momento y los antecedentes de los diferentes partidos, aunque se recordaba la obligación de la clase trabajadora y sus partidos de hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que les pareciesen más apropiados y, si finalmente estallase la guerra, debería hacer todo lo posible para ponerle término en seguida y aprovechar la crisis política y económica generada para precipitar la caída de la dominación capitalista. Se trataba de una posición intermedia entre la declaración expresa de una huelga general insurreccional y las simples protestas parlamentarias.

Pero el asunto de la huelga general contra la guerra volvió a plantearse con intensidad en el congreso de 1910 en Copenhague. En principio se acordó la petición de que todos los conflictos entre Estados se sometieran a un arbitraje internacional, también el que los representantes parlamentarios de la internacional hicieran una campaña de agitación de masas para que las grandes potencias acordasen reducir los armamentos, pero de nuevo una propuesta sobre la utilización de la huelga general en caso de guerra provocó las diferencias en su seno y se volvió a aprobar un acuerdo similar al del congreso de Stuttgart.

La agravación del ambiente bélico obligó a la celebración de un congreso socialista de emergencia en 1912 en Basilea con el objetivo de presentar un frente socialista unido en contra de la guerra. Los delegados se ratificaron en los acuerdos sobre la guerra alcanzados en los dos congresos anteriores, pero la debilidad de los socialistas en los países balcánicos, donde se desarrollaba en esos momentos el conflicto, hacía imposible cualquier acción de su parte para detenerla. Por tanto su objetivo fundamental fue evitar que la guerra de los Balcanes se terminase convirtiéndose en una guerra europea general.

Finalmente, en agosto de 1914 los socialistas, y toda Europa, se encontraron con que su pesadilla se hacía realidad y la guerra general se extendía por el continente. Este hecho impidió la celebración del congreso socialista que debería celebrarse ese mes en Viena. No obstante, la gravedad de la situación obligó a varias

reuniones de los principales dirigentes socialistas europeos. Los socialistas austriacos ya dejaron claro que no harían nada para oponerse a la guerra contra los serbios, con la excepción de una pequeña minoría en torno a Friedrich Adler. El ultimátum de Alemania a Bélgica provocó la unión de los socialistas belgas a favor de la defensa nacional. Cuando el 4 de agosto el Reichstag alemán votó los créditos de guerra, todos los socialdemócratas alemanes votaron a favor de ellos, a pesar de las gigantescas manifestaciones a favor de la paz que impulsaron las bases socialdemócratas. La misma postura tomaron a continuación los socialistas franceses. En Rusia, solo los bolcheviques eran claramente antibelicistas, opuestos a la guerra y partidarios de utilizarla como base para lograr la revolución. Los mencheviques y socialrevolucionarios estaban divididos respecto a la guerra, aunque sectores mayoritarios la apoyaban. En Inglaterra, lo mismo que en Alemania, los socialistas se limitaron a realizar manifestaciones en contra de la guerra, sin plantearse en ningún momento ir más allá y su grupo parlamentario se adhirió a la unión sagrada con la excepción de cuatro disidentes.

Por tanto, los socialistas no solamente dieron el paso de apoyar los créditos de guerra, sino que se unieron a la unión sagrada y participaron en los gobiernos de sus respectivos países, en Francia, en Bélgica, y en Gran Bretaña desde el inicio. En Alemania y Austria lo harán al final, cuando los imperios centrales estén ya derrotados.

El derrumbe de la segunda internacional bajo los efectos de la guerra europea ya se podía prever en los congresos que había celebrado con antelación al conflicto y en la práctica cotidiana de los distintos partidos, con la excepción sobretudo del ruso, orientados a la acción parlamentaria y las reivindicaciones laborales de los sindicatos, aunque en su seno existiesen pequeñas minorías revolucionarias. A pesar de los distintos acuerdos alcanzados nunca habían mostrado una voluntad real de poner en marcha las acciones necesarias para paralizar una guerra o convertirla en una

revolución. El nacionalismo y el interés de la defensa nacional se impusieron sin apenas resistencia al internacionalismo y a los acuerdos de los congresos de la internacional.

“En los países occidentales [los partidos socialistas] no tenían ni fuerza ni voluntad para evitar la guerra por el único medio que podría evitarlo: la revolución”.⁴

Este derrumbe de la internacional fue la primera gran consecuencia del estallido de la guerra, sus efectos no solo tuvieron lugar en el seno del socialismo con la escisión de los diferentes partidos entre un ala mayoritaria que aceptó la unión sagrada y otra minoritaria que se opuso a la guerra, sino que desplegará todas sus consecuencias con ocasión de la revolución rusa, porque este último acontecimiento trastocará el desarrollo de la guerra y extenderá sus efectos en la posguerra primero, y en la segunda guerra mundial y la guerra fría después.

⁴ G.D.H. Cole , Historia del pensamiento socialista, Tomo III, La segunda internacional 1889-1914, pág. 96

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Desarrollo

Al inicio de 1914 la tensión entre las potencias era muy alta y el ambiente estaba preparado para que un acontecimiento prendiese la mecha que desatase el conflicto general, Francia y Alemania enfrentadas en Marruecos y en Alsacia-Lorena, Alemania y Gran Bretaña sumidas en una carrera naval y disputando la hegemonía mundial, Rusia y Austria-Hungría enfrentadas en los Balcanes. Ese acontecimiento desencadenante fue el asesinato del archiduque Francisco-Fernando por una conspiración de los nacionalistas serbios el 28 de junio de 1914 en Sarajevo. La secuencia que le siguió era la previsible, Austria-Hungría deseaba aprovechar el atentado para acabar de una vez con el movimiento nacionalista serbio y elevó el enfrentamiento hasta el nivel de guerra; después se produjo el apoyo respectivo de sus más cercanos aliados, Rusia de un lado, que no iba dejar aplastar a su aliado serbio y Alemania del otro sosteniendo a Austria-Hungría. Finalmente se activaron las alianzas construidas con anterioridad por los dos bloques opuestos en Europa. La triple alianza perdió a Italia - que, inicialmente, se mantuvo al margen y luego se alineó con la triple entente con el objeto de recuperar territorios austro-húngaros con población italiana -, pero recibió el apoyo de Turquía y Bulgaria. La triple entente fue la que encontró mayores apoyos, además de Italia, Serbia, Bélgica, Japón, Rumania, Grecia, Portugal y EE.UU. Los neutrales europeos fueron minoría, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Suiza, España y Albania. Europa no había conocido un conflicto de tipo general como el desencadenado a principios de agosto de 1914 desde hacía un siglo con las guerras napoleónicas, pero ahora agravado por la inmensa capacidad des-

tructiva de los Estados industrializados.

Inicialmente todos los países beligerantes pensaban que se trataría de un conflicto breve, pero la guerra se empantanó - en ausencia de un bloque decisivamente superior al otro - y se convirtió en una gran matanza en la que perecieron alrededor de 11 millones de personas - incluido el genocidio perpetrado por Turquía contra el pueblo armenio - y resultaron heridas más de 20 millones. Inicialmente la batalla de las fronteras se saldó con una victoria alemana en todos los frentes, pero era insuficiente para decidir el resultado de la guerra en un período breve y todos los países beligerantes comenzaron a prepararse para un conflicto de gran duración en el que, además de los ejércitos, se emplearían otros recursos para debilitar al adversario como el bloqueo económico que ejercieron Francia y Gran Bretaña contra los imperios centrales; la búsqueda de la paz separada con alguno de los miembros de cada alianza, cuyo mayor éxito fue la concertada con Rusia tras la revolución; o la agitación de las minorías nacionales que utilizaron Francia y Gran Bretaña en el caso de Austria-Hungría, y Gran Bretaña contra el imperio turco excitando el nacionalismo árabe. El desenvolvimiento de la guerra se desarrolló en sentido favorable a los imperios centrales que realizaron conquistas territoriales. Alemania mantuvo la iniciativa militar el primer año y medio, luego, desde el verano de 1916 la iniciativa pasó a la entente, pero las fuerzas estaban equilibradas.

Trascurridos dos años de guerra el clima de la opinión pública comenzó a cambiar y empezó a cuestionarse, al principio de manera minoritaria, la unión sagrada en cada país y a alzarse voces que pedían negociaciones de paz. Pero los gobiernos aún se mantenían firmes y seguían manteniendo sus programas anexionistas para la victoria que creían poder alcanzar.

Solo dos grandes acontecimientos iniciados al principio de la primavera de 1917 vinieron a trastocar totalmente la situación, el primero es la revolución rusa que acabó con la autocracia zarista y de la que nos ocuparemos más adelante, el otro es la decisión de

EE.UU. de participar en la guerra del lado de la entente. En realidad, EE.UU., hasta su intervención en la guerra, se mantuvo neutral pero no imparcial pues su papel de proveedor de Francia y Gran Bretaña contribuyó al sostén económico y financiero de los aliados de la entente, a la vez que los norteamericanos se beneficiaban económicamente de este comercio. Para Renouvin las causas últimas de la intervención fueron: el lazo existente entre ingleses y norteamericanos, el temor a una hegemonía alemana en Europa, la desconfianza hacia el militarismo alemán, y el que Francia y Gran Bretaña representaban mejor los principios liberal-democráticos. La causa que precipitó la intervención fue la guerra submarina alemana, EE.UU. participó no como aliado, sino como asociado, es decir, reservándose el derecho a retirarse, y sus objetivos diferían claramente de los que perseguían Gran Bretaña y Francia.

La revolución rusa es la segunda gran consecuencia de la primera guerra mundial, a partir de ella se creó el primer Estado obrero de la historia que cambiará por completo no solamente la situación del movimiento obrero y socialista mundial, sino el desarrollo de las relaciones internacionales durante más de 70 años.

A corto plazo, el efecto más importante para la guerra fue la paz por separado concluida entre el nuevo poder revolucionario ruso y los imperios centrales. La revolución rusa se originó en febrero de 1917 por el cansancio de la población ante los sacrificios de la guerra; y las reivindicaciones de la paz, junto al reparto de tierras, eran las más sentidas por las masas urbanas y campesinas rusas. Por otro lado, el nuevo gobierno bolchevique salido de la segunda fase de la revolución en octubre se encontraba en una situación muy precaria y necesitaba concluir rápidamente la guerra si quería sobrevivir. Buscaba una paz equitativa, sin anexiones ni indemnizaciones, junto al derecho a que los pueblos pudiesen disponer libremente de su destino, pero los imperios centrales sabían que su posición era muy débil y la explotaron en su beneficio. El bloqueo de las negociaciones llevó a una reanudación de las hostili-

dades alemanas en febrero de 1918 y el gobierno soviético se vio obligado a capitular a las exigencias alemanas para salvar la revolución en marzo, perdiendo con ello una parte importante de los territorios del antiguo imperio zarista, aproximadamente el 25% de su territorio con 60 millones de habitantes.

La paz con Rusia podía haber inclinado la balanza de la guerra a favor de los imperios centrales, pero la participación norteamericana contrarrestó esta ventaja y volcó definitivamente y en pocos meses el sentido del conflicto, de manera que a principios del otoño la guerra ya estaba perdida para los imperios centrales que capitularon en noviembre de 1918.

En esos momentos se produjo la tercera gran consecuencia de esta guerra, Austria- Hungría dejó de existir bajo la presión de las derrotas y la declaración de independencia de los diferentes pueblos que contenía este imperio; y la monarquía alemana se derrumbó, ante las derrotas y la extensión del movimiento revolucionario, dando paso a la república. Las minorías nacionales del imperio austro-húngaro estuvieron estimuladas en su decisión de proclamar la independencia por el principio de autodeterminación defendido por los rusos en las negociaciones de Brest-Litovsk, por la defensa que del mismo hizo también el presidente norteamericano Wilson en sus 14 puntos, y por el interés de franceses y británicos en dislocar el imperio como modo de derrotarle.

Oposición socialista a la guerra

Tras el hundimiento de la segunda internacional con el estallido de la primera guerra mundial y el alineamiento de los respectivos partidos socialistas con sus gobiernos, sólo los partidos de los países neutrales intentaron mantener viva la internacional.

En septiembre de 1915 se produjo la convocatoria por parte de los socialistas italianos - que habían adoptado una actitud neutralista y antibelicista - y suizos de una conferencia en la localidad suiza

de Zimmerwald. En ella participaron partidos socialistas de los países neutrales, pero también los socialistas rusos y minorías socialistas antibelicistas de los países beligerantes. El tono de la conferencia era de clara oposición a la guerra, pero en su seno había dos posturas diferentes. La primera - la más ambiciosa pero minoritaria en ese momento - estaba encabezada por Lenin y abogaba por convertir la situación bélica en una revolución mundial como manera de detener la guerra y que el proletariado alcanzaría el poder, derrocando al capitalismo y al imperialismo. La otra postura - más modesta en sus pretensiones pero mayoritaria entre los participantes en la conferencia - simplemente quería detener la guerra y alcanzar una paz sin anexiones ni indemnizaciones. Pero ambas estaban de acuerdo en señalar como culpables de la guerra a los gobiernos capitalistas reaccionarios y denunciar la traición de los socialistas que habían pactado con sus respectivos gobiernos en los países beligerantes. El impacto inmediato de la conferencia no fue muy importante, pero a partir de ella las minorías antibelicistas de los partidos socialistas empezaron a dotarse de una organización independiente como el partido socialdemócrata independiente en Alemania (USPD). En Francia, por el contrario, se mantuvo la unidad socialista.

La segunda conferencia tuvo lugar en abril de 1916 en Kienthal con los mismos participantes que la anterior. Entre ambas conferencias se había producido un cambio de actitud y las posiciones defendidas por Lenin ahora eran mayoritarias, convencidos los participantes de que no podría alcanzarse una paz justa sin una revolución socialista internacional que acabase con el capitalismo y el imperialismo.

Hasta 1917 en los distintos países occidentales beligerantes, al lado de la mayoría socialista que apoyaba a sus respectivos gobiernos, existieron grupos minoritarios organizados que, aunque seguían perteneciendo a dichos partidos, defendían sobre todo las decisiones de Zimmerwald. Sólo el partido socialista italiano se mostraba mayoritariamente en el lado antibelicista. Sin embargo,

en la Europa oriental la situación era la contraria, allí dominaban los partidos socialistas antibelicistas.

Los socialistas antibelicistas siguieron siendo una minoría que encontraron un cierto eco cuando las opiniones públicas empezaron a cambiar su actitud inicial respecto de la guerra, pero no pudieron detener la guerra ni hacer la revolución, con la excepción de Rusia, donde las tesis de Lenin en Zimmenwald fueron llevadas a la práctica, realizando la revolución socialista y poniendo fin a la guerra, aunque ésta se hizo por separado y en condiciones muy negativas para el nuevo Estado proletario. Sin embargo Europa también conoció insurrecciones al final de la guerra aunque no lograron transformarse en revoluciones victoriosas como esperaban los bolcheviques.

Si la revolución rusa no hubiese sido llevada hasta sus últimas consecuencias, con la toma del poder por parte de los bolcheviques, estas dos conferencias hubiesen quedado en la historia como un intento malogrado de los socialistas antibelicistas por detener la guerra, sin apenas consecuencias históricas. Pero la victoria bolchevique las hizo aparecer como las precursoras de la revolución rusa y de los diversos intentos revolucionarios fracasados que tuvieron lugar en distintas partes de Europa. Igualmente fueron el precedente de la escisión que recorrería el campo socialista al crearse la tercera internacional comunista, separada y enfrentada, a la reactivación de la segunda internacional de la mano de los partidos que habían colaborado en la unión sagrada.

La revolución rusa

De todas las consecuencias originadas en la primera guerra mundial la revolución rusa posiblemente fue la de efectos más profundos y duraderos durante al menos las siete décadas siguientes.

El imperio zarista era inmenso y estaba en expansión, gobernado por una autocracia, sin embargo estaba corroído por graves pro-

blemas. En su seno existían diversas nacionalidades que deseaban liberarse de su yugo; su expansión imperial había conocido una importante derrota a manos de Japón en 1904 y se encontraba en abierto enfrentamiento con el imperio turco en los Balcanes; e internamente había sufrido la revolución de 1905 que, aunque fue derrotada, obligó a la autocracia a realizar concesiones que no aplacó a los movimientos revolucionarios que existían en su seno, especialmente los socialrevolucionarios y los socialdemócratas, estos últimos divididos desde 1903 entre mencheviques y bolcheviques.

La guerra fue un desastre para Rusia desde el comienzo y ello hizo que rápidamente se extendiesen el malestar y las protestas, y era fácilmente previsible deducir que si la derrota frente a Japón en 1904 se tradujo internamente en la revolución de 1905, las nuevas derrotas, carnicerías y miserias desde 1914 se tradujesen en una nueva revolución que derrocara al zarismo. La cuestión era simplemente conocer cuando ocurriría y cuál sería su naturaleza, burguesa o socialista. Las fuerzas que deseaban acabar con el zarismo en Rusia iban desde las que querían dotar a Rusia de un régimen parlamentario similar a los occidentales, a quienes querían llevar a cabo la revolución socialista.

En marzo de 1917 una huelga espontánea por los problemas de abastecimiento se transformó rápidamente en una revolución contra el régimen zarista que hizo caer al gobierno y generó dos poderes diferentes, uno era el comité provisional de la Duma, de tendencia liberal y orientado a imponer un régimen parlamentario al zar. El otro poder que se formó en la revolución es el que representaba el soviét de obreros y soldados, de orientación socialista. El resultado momentáneo fue un gobierno provisional y la caída de la autocracia que convirtió a Rusia en una república.

Los dos poderes se enfrentaron inmediatamente por la cuestión de la guerra, la burguesía liberal era partidaria de mantener el compromiso con los aliados y continuar la guerra, el soviét de Petrogrado exigía abrir negociaciones para alcanzar una paz sin ane-

xiones ni indemnizaciones. Finalmente el gobierno provisional se vio obligado a prescindir de Miliukov, el partidario más firme de proseguir la guerra, y adoptó con Kerensky la posición de continuar la guerra si los aliados apoyaban un programa de paz sin anexiones, - lo cual fue rechazado por los aliados, y el gobierno provisional simplemente continuo apoyando la guerra - y aplazó las exigencias de reformas agrarias (reparto de la tierra) y económicas hasta la elección de una asamblea constituyente.

El pulso entre el soviets y los bolcheviques de un lado, y los gobiernos provisionales de socialrevolucionarios, mencheviques y burgueses de otro, prosiguió en los siguientes meses, en tanto se agudizaban la crisis económica y las revueltas agrarias, y se produjeron dos intentos fracasados por romper el equilibrio de poderes, uno por la izquierda, el de la insurrección de julio y, otro por la derecha, el golpe militar de Kornilov en septiembre.

En octubre Kerensky continuaba decidido a mantener la participación en la guerra y liquidar a los bolcheviques; éstos, por su parte, se resolvieron por promover una insurrección que orientase en sentido socialista la revolución y resolviese las demandas de paz y tierra de las masas. De esta manera, en una segunda fase de la revolución, los bolcheviques derribaron al gobierno provisional y con el apoyo de los soviets se formó un nuevo gobierno encabezado por Lenin. Sus dos inmediatos decretos fueron los concernientes al reparto de las tierras entre las masas del campo y la apertura de negociaciones para alcanzar una paz sin anexiones ni indemnizaciones, las dos demandas más exigidas por las masas obreras y campesinas.

El problema en las negociaciones de paz era que la situación de partida de los dos bandos era muy diferente, el ejército ruso estaba desmoralizado y en franca descomposición, y los alemanes aprovecharon esta situación para imponer una paz con anexiones al nuevo gobierno revolucionario. Los bolcheviques optaron por salvar la revolución firmando la paz de Brest-Litovsk con importantes pérdidas en los territorios rusos ocupados por los imperios

centrales.

En Rusia habían concurrido unas circunstancias realmente extraordinarias para producir un resultado excepcional, el triunfo de la primera revolución proletaria en el mundo.

Entre esas circunstancias se encontraban que en Rusia se había producido en 1905 el primer ensayo revolucionario después de la Comuna de París; que el zarismo se encontraba debilitado y la guerra fue un auténtico desastre desde el principio; y que contaba con una fracción de la socialdemocracia, los bolcheviques, realmente revolucionaria, que no era una minoría irrelevante como en otros países, y disponía de unos líderes con una gran capacidad teórica y estratégica y una gran decisión.

La revolución de octubre nació con dos decisiones controvertidas. La primera fue una imposición de las circunstancias, la firma de un tratado de paz con unas condiciones opuestas a las que querían los bolcheviques. La segunda, la disolución de la asamblea constituyente, fue justificada por Lenin con el argumento de que en medio de una revolución violenta la composición de dicha asamblea no representaba la dinámica cambiante de una revolución, pero a la vista de la evolución posterior de la revolución en realidad fue una señal clara de la deriva autoritaria que tomaría. Pero también nació en medio de una situación muy adversa por el desastre económico en que estaba sumida Rusia y la guerra civil que se desencadenó; y con una esperanza frustrada: que la prevista revolución en Europa salvase a la de Rusia, un país mayoritariamente campesino y relativamente atrasado, poco apto según el marxismo para iniciar la construcción del socialismo.

La revolución rusa tuvo dos tipos de efectos, uno inmediato y otros a más largo plazo. En lo inmediato, sirvió de ejemplo en el que mirarse los movimientos revolucionarios que recorrerán Europa al final de la guerra. En realidad la revolución rusa fue concebida inicialmente por sus líderes como el comienzo de una época de revoluciones en Europa por su eslabón más débil. El fracaso

de esta esperanza llevará a la revolución rusa por derroteros no previstos inicialmente por sus dirigentes. Pero, aunque en los años inmediatamente posteriores a la guerra las insurrecciones fueron reprimidas en toda Europa, la revolución de octubre abrió toda una época de revoluciones socialistas en el mundo entero que se prolongaría prácticamente hasta la debacle de la Unión Soviética a principios de la década de los 90.

En el largo plazo, y una vez estabilizada la revolución, la Unión Soviética se convertiría en un factor fundamental para la victoria en la segunda guerra mundial y en el centro de un campo socialista que mantendrá durante décadas un pulso continuado – en lo que se conoció como guerra fría - contra el otro poder emergente de las dos guerras mundiales, el imperialismo norteamericano.

Los tratados de paz y sus consecuencias

En enero de 1919 comenzó la conferencia de paz en París con el objetivo de cerrar el conflicto mundial y establecer un orden internacional estable. El tratado de Versalles y otros secundarios que le siguieron redefinieron completamente el mapa de Europa. En teoría estuvieron orientados por la filosofía de los 14 puntos del presidente norteamericano,⁵ pero en la práctica solo se respetaron cuando favorecieron a los intereses de los vencedores. En algún sentido también fueron un triunfo de las minorías nacionales en Europa que consiguieron gran parte de sus objetivos. Sin embargo, la creación de nuevos Estados y el trazado de fronteras también darían lugar a nuevas tensiones entre países y con las minorías nacionales que seguían perteneciendo a otro Estado, distribuyéndose estas tensiones por el Báltico, Polonia, Europa

⁵ Los principales aspectos del proyecto wilsoniano se referían a la autodeterminación de las nacionalidades, la creación de la Sociedad de Naciones para garantizar la estabilidad internacional, la garantía de libertad para la navegación y el comercio, la reducción de armamentos y el reajuste colonial.

central, los Balcanes y el Adriático. El enfrentamiento entre nacionalidades en Europa se mantuvo, pues, después de la guerra.

Los acuerdos de paz respondían, según Hobsbawm,⁶ a cinco consideraciones principales. Las derivadas de la desaparición de distintos regímenes en Europa y la aparición de un régimen comunista en Rusia. En este sentido se creó un cordón sanitario alrededor del nuevo Estado comunista formado por Finlandia, las tres nuevas repúblicas bálticas, la Polonia nuevamente independiente y la Rumania duplicada en territorios. Esto se sumaba al hecho de que las potencias aliadas intervinieron en la guerra civil rusa en 1918-1919 con el objetivo de acabar con el gobierno bolchevique. El cordón sanitario fracasaría en 1921.

La necesidad de debilitar y mantener bajo control a Alemania -cuyo poderío había estado a punto de ganar la guerra- era otro de los motivos que orientaron los acuerdos de paz. Para ello se la impusieron unas condiciones muy duras, tras señalarla como la responsable de la guerra, aunque menos severas que las deseadas por Francia; en este sentido al deseo francés de debilitar a Alemania se opuso la postura de EE.UU. y Gran Bretaña. Se la amputó parte de su territorio (especialmente Alsacia-Lorena volvió a la soberanía francesa). Se la impidió contar con una flota importante y se limitó el tamaño de su ejército. Se impusieron unas fuertes reparaciones de guerra y perdió sus colonias que pasaron a ser mandatos de ingleses, franceses y japoneses.

Una tercera consideración fue la de conformar políticamente los territorios desprendidos por la desaparición de los dos grandes imperios, el austro-húngaro y el otomano. Se crearon dos nuevos Estados, Yugoslavia y Checoslovaquia,⁷ y los territorios árabes del imperio otomano pasaron como mandatos a Francia y Gran

⁶ Hobsbawm, Eric, Historia del siglo XX, págs., 39-42

⁷ Entre la independencia de unos y la creación de otros aparecieron 9 nuevos Estados en Europa: Austria, Hungría, Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania.

Bretaña.

También había que tener en cuenta los motivos derivados de las propias políticas de cada país vencedor y las diferencias entre ellos. En este sentido, la consecuencia más importante fue el rechazo del senado norteamericano a ratificar el tratado de paz, una vez que la corriente aislacionista se impuso sobre los deseos del presidente Wilson.

Y, finalmente, un objetivo fundamental de los acuerdos de paz era evitar que se pudiese volver a repetir una guerra como la que había finalizado. El instrumento creado a tal fin fue la Sociedad de Naciones, con el objetivo de garantizar la integridad territorial y la soberanía política de los Estados miembros, y solucionar de manera pacífica los problemas internacionales mediante el recurso al arbitraje. Su eficacia fue prácticamente nula por la exigencia de unanimidad en las decisiones, la ausencia de una fuerza internacional que garantizase su cumplimiento y, porque EEUU finalmente se negó a formar parte de ella. Inicialmente quedaron fuera Rusia, Alemania y Turquía que se incorporaron años más tarde. Dos grandes fracasos marcaron su inoperatividad y declive, la invasión japonesa de Manchuria en 1931 y la invasión italiana de Etiopía en 1935. En ambos casos los dos países agresores terminaron abandonando la Sociedad de Naciones, al igual que el régimen nazi alemán.

Pero los acuerdos de paz no agradaron a casi nadie. En Alemania todos los partidos estaban de acuerdo en que los tratados deberían ser revisados en breve plazo. Francia se sintió insatisfecha ante las garantías para evitar una revancha alemana. Italia se sintió frustrada por las ventajas obtenidas tanto en el diseño de fronteras europeas como en su marginación en el reparto de las colonias y territorios alemanes y otomanos y se empezó a hablar de una “victoria mutilada”. En EE.UU. el Senado rechazó el tratado de Versalles y la participación en la Sociedad de Naciones debido al peso de las tendencias aislacionistas.

Tras unos primeros años de tensiones entre Francia y Alemania por el Ruhr y las reparaciones, el clima europeo mejoró brevemente a partir de 1925 con el acuerdo de Locarno y el pacto Briand-Kellogg por los cuales los firmantes, incluida Alemania, renunciaban a la guerra en los litigios internacionales. Efectivamente, un nuevo giro se produjo en la década de 1930, que estuvo marcada de nuevo por las tensiones derivadas de la crisis económica y el ascenso del fascismo en Europa, que fue acompañado de un nuevo clima de tensión y rearme.

La prueba de la ineficacia de los tratados fue que 20 años más tarde la humanidad se hallaba de nuevo inmersa en una guerra mundial.

Agitaciones y rebeliones en Europa

A partir de 1917 dos causas concurrieron al ascenso de las protestas y rebeliones contra la guerra en todos los países, de un lado las carnicerías en los frentes y la miseria originada por la guerra habían enfriado el ardor patriótico del principio dando paso a la decepción, el cansancio y el anhelo por poner fin a la guerra; por otro lado la revolución rusa mostró a los trabajadores que era posible utilizar la guerra para hacer la revolución socialista y alcanzar la paz.

Desde 1915 había aparecido de nuevo la crítica política, y en 1916 el pacifismo había hecho grandes progresos en todos los países beligerantes; en Alemania la propaganda antibelicista era sostenida por las organizaciones a la izquierda de la socialdemocracia; en el imperio austro-húngaro los distintos nacionalismos, socialistas y sindicalistas se movilizaban tras la muerte del emperador Francisco-José en noviembre de 1916. Se sucedieron las huelgas por las condiciones laborales en Francia donde 100.000 obreros se declararon en huelga en mayo de 1917; en Gran Bretaña las huelgas afectaron a las fábricas de armas; en Italia donde la escasez

alimentaria dio lugar a fuertes movilizaciones obreras en Milán y Turín; y en enero de 1918 se realizó una huelga general de 24 horas en Austria por la escasez de abastecimientos, y medio millón de trabajadores de las fábricas de guerra hicieron huelga en Alemania durante 8 días. Las demandas para abrir negociaciones de paz se extendieron por diferentes países, en Alemania el Reichstag aprobó en julio de 1917 una moción conjunta de los socialistas y el Zentrum pidiendo la paz sin anexiones ni indemnizaciones que no tuvo consecuencias prácticas aunque supuso la ruptura de la unión sagrada de 1914. Otros pronunciamientos políticos en el mismo sentido se realizaron en Francia donde las crisis gubernamentales pusieron fin también a la unión sagrada en septiembre. Los ejércitos también fueron alcanzados por la ola de rebeliones, en el francés se extendieron las deserciones y motines en mayo de 1917, bajo la influencia de los acontecimientos en Rusia; en el alemán fueron los marineros de los submarinos quienes se rebelaron en el verano de 1917; en el italiano tuvieron lugar deserciones masivas después del desastre militar de Caporetto en octubre de 1917.

Además de estas protestas socialistas, también las reivindicaciones de las nacionalidades oprimidas se expresaron durante la guerra y dieron lugar a importantes revueltas. La primera de ellas fue la rebelión de Pascua en Irlanda en abril de 1916. Lituania proclamó su independencia en marzo de 1918 y un mes más tarde lo harían Letonia y Estonia. En septiembre el movimiento independentista se extendió, con el derrumbe del viejo imperio austro-húngaro, entre checos, húngaros, croatas y eslovenos; y en noviembre en Polonia.

El final de la guerra y el hundimiento de los imperios centrales desató las energías revolucionarias, las rebeliones e insurrecciones se extendieron y parecía que se iban a cumplir las previsiones de Lenin en el sentido de que la revolución se desarrollaría en Europa y salvaría a la revolución soviética, en graves dificultades debido a la guerra civil que siguió a la revolución de octubre.

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

La situación económica tras la primera guerra mundial

El inicio de la primera guerra mundial y los déficits en las balanzas llevó al borde de la suspensión de pagos a Francia y Gran Bretaña. Las monedas se depreciaron y se produjo una fuerte subida de los precios, acompañada de una disminución del nivel de vida.

De su posición de acreedora anterior a la guerra, Europa salió como gran deudora debido a los préstamos que necesitó durante el conflicto y después para su reconstrucción. Con el final de la guerra apareció la inflación y el caos monetario en Europa al disminuir las reservas de oro utilizadas como medio de pago. El orden económico anterior a la guerra fue desarticulado por ésta. Las instituciones financieras y mecanismos económicos se derrumbaron después de la primera guerra mundial.

La expansión económica fue pequeña y la depresión en Europa fue intensa. Entre 1919 y 1922 la crisis golpeó fuerte en Europa con una inflación aguda, caos financiero por la huída de capitales, y caída nivel de vida de los asalariados. El origen de esta crisis se situó en el fin de los anticipos por parte de EE.UU. y Gran Bretaña que mantenían de manera artificial la paridad de las monedas con el dólar, lo que provocó el hundimiento de las divisas. Salieron favorecidos de la situación las grandes empresas - con el aumento de los monopolios -; las divisas fuertes, como el dólar y la libra que se aseguraron el dominio financiero; y EE.UU., cuyo tejido industrial se había fortalecido durante la guerra y continuaba siendo un importante proveedor europeo al finalizar ésta. La

desorganización económica mundial se tradujo en el estancamiento del comercio, la extensión del proteccionismo, y las nuevas corrientes comerciales favorables a EE.UU., en tanto se apreciaba la decadencia de Europa. La depresión crónica se hizo visible con la crisis y el hundimiento de los precios agrícola de 1920-9 – una manifestación de la desintegración de la economía mundial –, y la aparición del paro crónico por primera vez en la historia.

A partir de 1923 se inició una etapa de expansión, que dio lugar a los prósperos años 20, pero las huellas que se habían dejado eran profundas. Se asistió a una segunda revolución industrial -a partir de la aplicación de las técnicas desarrolladas durante la guerra- que favoreció a EE.UU. Sin embargo, en 1926 aparecieron los primeros indicios de la saturación del mercado mundial, y en 1929 se inició la gran depresión que iba a dislocar todo el sistema capitalista.

Mención aparte merece el desarrollo de la economía en la Unión Soviética. A la revolución de octubre la siguió una guerra civil, en la que los sectores contrarrevolucionarios fueron apoyados por las potencias occidentales, lo cual determinó que, además de las pérdidas humanas, se terminase de hundir una economía ya dislocada por la participación rusa en la primera guerra mundial. Esta situación de la economía y la frustración de las esperanzas en una revolución en Europa, que viniese a socorrer a la atrasada y destruida Rusia soviética, son las causas de los distintos programas económicos ensayados en los primeros años de existencia de la Unión Soviética. Una vez frustradas estas expectativas, intentar construir el socialismo en Rusia –el socialismo en un solo país- suponía hacerlo sin contar con la ayuda técnica y económica de algunos países desarrollados y en un país atrasado y devastado por la guerra.

Durante los años que duró la guerra civil, entre 1918-21, las graves dificultades por las que atravesó la revolución obligaron a los bolcheviques a implementar un primer modelo económico excepcional, el denominado comunismo de guerra, mediante el cual se

procedió a la requisita de los excedentes agrícolas para alimentar a las ciudades y al ejército.

Terminada la guerra civil, aunque consolidado el poder bolchevique, la situación económica continuaba siendo desastrosa y se produjo, entonces, el giro a la NEP, cuyo objetivo fundamental era atraer al campesinado descontento hacia una alianza con los trabajadores y dar, de esta manera, un respiro a la revolución mediante una pausa en la construcción del socialismo. La NEP sustituyó las requisas campesinas anteriores por un impuesto a los campesinos que les permitía comerciar con los excedentes, y creó una economía mixta donde junto a las empresas estatales en los sectores más importantes se permitió la existencia de empresas privadas en la agricultura y el comercio. La mejora económica fue apreciable, pero sus efectos negativos para la revolución, la aparición de una nueva burguesía, llevó a su abandono en 1927.

La tercera etapa económica de la Unión Soviética se inició con un nuevo giro, una vez consolidada la victoria estalinista, hacia la colectivización forzosa, cuyos resultados fueron catastróficos, y los planes quinquenales que se inauguran en 1928 cuyo objetivo, alcanzado, era la industrialización acelerada.

Nacionalismo y colonialismo al finalizar la guerra

Durante la guerra, y al acabar ésta, los principales impulsos al nacionalismo y el anticolonialismo vinieron de la doctrina sostenida por el presidente Woodrow Wilson de un lado, y de la teoría leninista ahora triunfante en Rusia de otro. Ambas coincidían en el principio de autodeterminación de los pueblos y en el rechazo de la política colonial de las potencias europeas que tanto había contribuido al desencadenamiento de la primera guerra mundial.

Lenin se pronunció claramente por el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación que defendió resueltamente en la polémica con Rosa Luxemburgo, quién lo consideraba contradic-

torio con el internacionalismo proletario. Sin embargo para el revolucionario ruso la aplicación de este principio tenía un triple objetivo. En el orden interno era la base para una auténtica unión voluntaria de las nacionalidades del antiguo imperio zarista. En los Estados capitalistas con minorías nacionales en su seno era la manera de evitar la división del proletariado de ambas nacionalidades, opresora y oprimida, en aras a una lucha común contra la dominación burguesa. En los pueblos sometidos al yugo colonial era la manera de vincular las luchas nacional-democráticas de amplia base popular con la revolución socialista.

El programa wilsoniano en este sentido intentaba contrarrestar la capacidad de arrastre de las propuestas de autodeterminación de los bolcheviques, y abogaba por evitar la extensión del dominio colonial a nuevos territorios, fruto de lo cual fue la creación de la figura del mandato bajo el control de la Sociedad de Naciones, aplicado para las antiguas colonias alemanas y las provincias otomanas que ahora pasaban bajo el control de las potencias vencedoras en la guerra.

Igualmente, durante el desarrollo de la guerra Francia y Gran Bretaña estimularon los nacionalismos del imperio austro-húngaro y el nacionalismo árabe dentro del imperio turco como arma para debilitar y derrotar a ambos imperios. Sin embargo, al terminar la guerra el nacionalismo árabe se volvió un arma en contra de Gran Bretaña. Por último, los países colonizados tomaron conciencia de la debilidad de las metrópolis como consecuencia de la primera guerra mundial y sus movimientos nacionalistas reclamaron con más vigor la independencia.

El hundimiento del imperio turco no se transformó para los pueblos árabes que habían vivido bajo su dominio, y que habían luchado a favor de la entente durante la guerra, en la ocasión para alcanzar su independencia, sino en una nueva colonización por parte de Francia y Gran Bretaña que dividieron las antiguas provincias turcas en Estados artificiales y se les repartieron bajo la fórmula

de mandatos.⁸ Los tratados de paz no concedieron a los árabes la misma autodeterminación que a las poblaciones de Europa. Quedaron frustrados por el apoyo que habían brindado a las potencias de la entente, las promesas de independencias que éstas les habían hecho y el resultado final conseguido. Esta situación originó revueltas en Egipto -que a pesar de la derrota de la insurrección en 1919, terminó consiguiendo la abolición del protectorado británico en 1922-; en Irak en 1920; en Siria en 1925, en Marruecos entre 1920-5 y en Palestina entre 1936-9. El movimiento nacionalista árabe alcanzó una gran dimensión a partir de 1930.

Afganistán consiguió sacudirse su condición de semi-protectorado inglés y alcanzar la independencia. En la India el movimiento nacionalista se transformó en un movimiento de masas con grandes protestas desde 1919 que obligó a Gran Bretaña a realizar algunas reformas. Italia, Holanda y España también conocieron resistencias en sus colonias (Libia, Indonesia, Marruecos). Francia fue la menos afectada en sus colonias. Estos movimientos anunciaron el terremoto descolonizador que se produciría después de la segunda guerra mundial, pero por el momento el colonialismo se expandió en este período de entreguerras bajo la fórmula de mandato,⁹ me-

⁸ Habría que añadir en este apartado una decisión que afectaría profundamente al mundo árabe y sería un foco de tensiones y guerras durante toda la segunda mitad del siglo XX, sin solución por el momento. Nos referimos a la creación del Estado de Israel en tierras Palestinas. Si los británicos habían hecho una promesa, luego incumplida, a los árabes para tenerles de su lado contra los turcos, también prometieron a los judíos sionistas su apoyo para establecer un hogar judío en Palestina, ésta fue la Declaración Balfour realizada por el gobierno británico en noviembre de 1917 e incorporada al tratado de paz firmado entre los aliados y Turquía.

⁹ Se trataba de un régimen internacional creado por la Sociedad de Naciones para los territorios que procedentes de la Alemania derrotada y del desaparecido imperio otomano eran entregados a las grandes potencias coloniales. Establecía un sistema de control sobre su gestión por el organismo internacional. El mandato fue una fórmula intermedia entre la de colonia y protectorado. En la primera la potencia dominante detentaba todo el poder, en el segundo continuaba existiendo el Estado. El mandato presupone que el país tutelado debe arribar en un plazo determinado a la indepen-

diante la cual Francia y Gran Bretaña, especialmente, se repartieron las colonias alemanas y parte del antiguo imperio otomano. Ambas guerras terminarían dislocando totalmente el papel que Europa venía jugando en el mundo.

Pero el ascenso nacionalista también se extendió a otras partes del mundo. En China se manifestó a partir de 1919 y estuvo dirigido contra Japón y los tratados desiguales. En Turquía, derrotada en la guerra, el movimiento nacionalista se enfrentó al gobierno del sultán y llevó a la fundación de la república turca en 1920.

Revoluciones y represión en Europa

Al final de la primera guerra mundial el movimiento revolucionario que habían previsto los bolcheviques se extendió por distintas partes de Europa con diferente intensidad. Las causas que lo impulsaron fueron los padecimientos originados por la guerra y el ejemplo del triunfo de la revolución en Rusia. En la mayoría de los países hubo un crecimiento espectacular y temporal de la afiliación sindical; los socialistas accedieron a muchos de los nuevos gobiernos; se produjeron agitaciones sociales y oleadas huelguísticas; en algunos lugares surgieron consejos de trabajadores, y de trabajadores y soldados, imitando a los soviets rusos; y se crearon partidos comunistas a partir de la escisión en los partidos socialistas.

En Alemania, a finales de octubre de 1918, el Reich guillermino estaba a punto de desaparecer y, mientras el nuevo gobierno solicitaba negociaciones de paz, el almirantazgo, a sus espaldas, intentó un último enfrentamiento que fue respondido por los marineros con una rebelión que a principios de noviembre se extendió por todo el país, formándose consejos de soldados y obreros. Una huelga general determinó la abdicación del káiser y la proclama-

dencia.

ción de la república con un gobierno formado por socialistas.

La revolución alemana fue espontánea, no estuvo preparada por la acción deliberada de ningún partido y los logros iniciales fueron consecuencia del propio derrumbe interno del sistema imperial por efecto de la derrota bélica. El partido socialdemócrata no tuvo en ningún momento intención de unirse al movimiento revolucionario sino que, por lo contrario, buscó la manera de canalizarlo y neutralizarlo. Su objetivo no era una revolución socialista al estilo de la de Rusia, sino la continuación de su actividad parlamentaria en el marco de una república democrática. Por otro lado, las masas obreras continuaban bajo la influencia de la socialdemocracia, que controlaba los consejos, y, con la excepción de sectores minoritarios, sobretodo espartaquistas, no concebían la posibilidad de una revolución como la soviética o una alianza con la Rusia bolchevique.

El enfrentamiento entre el gobierno socialdemócrata y las fuerzas revolucionarias terminó con una derrota de estas últimas en la primavera de 1919. En una primera etapa, en enero de 1919, los espartaquistas fracasaron en una insurrección en Berlín -sin contar con apoyo en los consejos - duramente reprimida por la socialdemocracia con ayuda de elementos anti-republicanos, durante la cual se asesinó a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. La segunda etapa del enfrentamiento y derrota del movimiento revolucionario tuvo lugar en la primavera de 1919 en Baviera, donde una efímera república de los consejos fue aplastada sangrientamente y fue seguida de un largo periodo reaccionario. A pesar de que los bolcheviques siguieron pensando en las posibilidades revolucionarias en Alemania, la revolución no se recuperaría de este fracaso inicial, como se encargaría de demostrar la trayectoria posterior del partido comunista alemán.

En Hungría el movimiento revolucionario fue más intenso. En la primavera de 1919 tuvo lugar en este país el intento más serio por instaurar una república soviética similar a la de Rusia. Desde finales de 1917 se habían formado consejos de obreros y soldados que

lideraron la huelga de enero de 1918. En noviembre de 1918 se proclamó la república, pero el gobierno de socialdemócratas y burgueses radicales no fue capaz de desarrollar las reformas sociales prometidas debido a la oposición de la burguesía. El descontento popular fue en aumento, jugando un papel importante la humillación nacional por las exigencias territoriales de los aliados, hasta que en marzo de 1919 con el acceso del partido comunista al poder se estableció una república soviética que duró 133 días. Su caída se debió a los errores cometidos (en la cuestión agraria y de las minorías nacionales) y a los enfrentamientos internos, pero sobre todo a su situación geoestratégica, pues la Hungría soviética se encontraba rodeada de Estados enemigos que no iban a permitir su consolidación. Finalmente, el bloqueo y la ausencia de ayuda soviética permitieron el triunfo de la contrarrevolución. La reacción impuso el régimen autocrático derechista del almirante Horthy y una sangrienta represión.

En Italia, al final de la guerra, los socialistas reformistas estaban muy desgastados y fueron desplazados por las tendencias revolucionarias que se manifestaban en el partido socialista italiano y que llevaron a la adhesión del partido a la internacional comunista. Paralelamente surgieron dos grupos a la izquierda en su seno, la corriente de Bordiga y Ordine Nuovo. La primavera de 1919 conoció una oleada de huelgas y motines, con la formación de soviets locales, pero la huelga general prevista en junio para protestar contra las intervenciones anticomunistas en Hungría y Rusia fracasó. En 1920 se agudizó la agitación social con una primera oleada de ocupaciones de empresas en el norte -con la formación de consejos de fábrica -y de tierras en el sur. Sin embargo, esto no significó el inicio de la conquista del poder por el proletariado, y terminó siendo una derrota para el maximalismo revolucionario y el inicio del reflujó del socialismo. En paralelo a este reflujó socialista, el fascismo salió fortalecido.

Austria se transformó en república al final de la guerra, fue gobernada inicialmente por los socialdemócratas, y desautorizada

por los aliados para formar parte de la república alemana, también conoció su ensayo de revolución consejista en dos ocasiones, en abril y junio de 1919. Igualmente, como el caso alemán, la socialdemocracia en el gobierno se opuso a estas tentativas. A partir de 1920 los social-cristiano desplazaron del poder a los socialdemócratas, que quedaron reducidos a su poder en Viena.

Los Balcanes era la zona de Europa donde la guerra más había durado, pues a la primera guerra mundial hay que sumar las dos guerras balcánicas inmediatamente anteriores. Además era una de las zonas donde más se había hecho sentir la modificación de fronteras. La región también fue sacudida al finalizar la guerra por agitaciones revolucionarias. En Bulgaria hubo amotinamientos en el ejército que proclamaron una brevísima república de Radomir y fracasaron en su intento de tomar la capital; la fuerza principal radicaba en campesinado, no en el proletariado. En Rumanía la agitación en las huelgas fueron constantes durante el año 1919; y en Yugoslavia el partido comunista creció rápidamente en efectivos y electoralmente hasta que fue ilegalizado a finales de 1920.

En Francia y Gran Bretaña el movimiento no fue tan lejos, pero conocieron una oleada de huelgas al finalizar la guerra, en 1920 en Francia y en 1926 en Gran Bretaña, con una huelga general que terminó en un fracaso.

Extensión de los derechos democráticos

En este apartado nos vamos a apoyar en un importante análisis de Göran Therborn¹⁰ sobre las condiciones de aparición y desarrollo de la democracia para iluminar el papel que la primera guerra mundial, y la intensa movilización de recursos humanos a ella asociada, supuso para la expansión de los componentes democráticos en diferentes países.

¹⁰ Therborn, Göran, Dominación del capital y aparición de la democracia.

Su primera constatación es que la democracia parlamentaria no fue instaurada por ninguna de las grandes revoluciones burguesas de la historia, ni la inglesa, ni la holandesa, y ni siquiera la francesa, donde su constitución democrática se quedó en papel mojado y el sufragio universal fue revocado después del termidor. La revolución de 1848, que se extendió por toda Europa, fue aplastada por las fuerzas reaccionarias del antiguo régimen y las burguesas.

En realidad, los primeros regímenes liberales, que no democráticos, se establecieron como “repúblicas de propietarios” o “monarquías parlamentarias”, es decir, unos regímenes de participación limitada a los “miembros varones de las clases dominantes”. La transformación posterior en democracias liberales se consiguió a través de las luchas que ampliaron los derechos de participación a las clases dominadas y las mujeres.

En este sentido, las dos tesis principales de Therborn son, por un lado, que la democracia burguesa se estableció mediante la lucha contra la propia burguesía, “pero a través de medios y canales políticos proporcionados por el Estado capitalista”, y, de otro, que la democracia surgió de las contradicciones del capitalismo, gracias a la “elasticidad y capacidad de expansión del capitalismo”.

Los primeros regímenes liberales se caracterizaron por la exclusión de amplias capas de la población, y contra ella se libraron las luchas históricas por la democracia. La exclusión se basaba en diferentes criterios como los clasistas, que eliminaban de la participación política a quienes no tenían cierto nivel de propiedad o ingresos; los de género, dirigidos contra las mujeres; los étnicos, que excluían a la población de ciertas razas; o de opinión, más propios del siglo XX como prohibición de determinadas opciones políticas.

Centrándonos en el tema objeto de esta obra, para Therborn son tres los fenómenos con los cuales se producen los avances más importantes en el desarrollo de la democracia, las movilizaciones por la liberación nacional, las guerras exteriores y las derrotas

militares.

Respecto al primer fenómeno, la relación entre desarrollo democrático y movilizaciones por la liberación nacional o frente a amenazas exteriores se establece de dos maneras, bien aplicando medidas democratizadoras como medio de conseguir la movilización nacional, bien esas medidas son consecuencias del proceso de integración a que da lugar la movilización popular para el esfuerzo nacional. De ambos casos se encuentran importantes ejemplos democratizadores durante la primera guerra mundial, en los que procesos democratizadores en marcha fueron acelerados por la intervención en la guerra.

También hace alusión el autor a lo que denomina democracias por derrota, señalando que tras la primera guerra mundial el número de democracias pasó de tres a diez y el de democracias masculinas de cinco a catorce, aunque el gran incremento en el número de democracias tendría lugar con el final de la segunda guerra mundial.

Solo tres países podían ser considerados democracias en vísperas de la gran guerra, Noruega, Australia y Nueva Zelanda. En la Europa anterior a la primera guerra mundial el régimen más extendido era el de la monarquía constitucional no responsable ante el parlamento, y el sufragio estaba claramente restringido, claramente para las mujeres, y de manera importante para los hombres. Los avances conseguidos con ocasión de la guerra se refirieron al establecimiento de regímenes en los que el gobierno era responsable ante el parlamento (democracias liberales) y en la obtención del sufragio universal masculino.

Más en concreto, la situación en algunos de los principales países fue la siguiente. En Alemania, Bismarck introdujo el sufragio universal para los varones, pero durante el reich guillermiano entre 1871 y 1918 funcionó un Estado autoritario en cuanto se trataba de una monarquía constitucional no parlamentaria. Se concentraban los poderes en el emperador y en el canciller imperial. Solo

con la derrota en la primera guerra mundial se estableció una república democrática. Austria-Hungría también concedió el sufragio universal masculino en 1907 solo para la parte austriaca pero, como en Alemania, la república democrática solo se estableció con su derrota y desaparición del imperio en 1918. En Bélgica, las masivas protestas por el sufragio universal antes de la guerra fueron derrotadas, y solo al finalizar ésta se aceptó el sufragio universal masculino. Italia era desde los años 1800 una monarquía parlamentaria, pero el sufragio universal masculino solo se aplicó en Italia a partir de 1912 para conseguir apoyos a la guerra de Libia. En Holanda se introdujo el sufragio universal masculino en 1917 y para las mujeres en 1919.

En Gran Bretaña la presión continua de las masas obreras forzaron a las clases dominantes a conceder una representación parlamentaria ampliada a medida que avanzaba el siglo XIX. La extensión del derecho al voto masculino durante el siglo XIX por medio de los proyectos de reforma de 1832, 1867 y 1874 culminó con la concesión del sufragio universal en 1918, durante la primera guerra mundial, para los varones mayores de 21 años y las mujeres mayores de 30. Esta expansión progresiva de la base electoral del gobierno parlamentario se produjo en paralelo el recorte de las prerrogativas de la monarquía y de la hereditaria cámara de los lores.

En EEUU las limitaciones al sufragio por la propiedad desaparecieron en el siglo XIX pero se introdujeron medidas para excluir a los inmigrantes nuevos, y los negros quedaron excluidos de voto en los Estados del sur; en los Estados del norte las mujeres obtuvieron el derecho a voto al finalizar la primera guerra mundial. Por último, Japón inauguró en 1889 su historia constitucional inspirándose en la constitución de Prusia, e instaurando una monarquía limitada que establecía la existencia de un monarca (el Emperador) y un Parlamento, donde el ejecutivo se componía y cesaba sólo a voluntad del Emperador.

Crecimiento del fascismo y autoritarismo en los años 20 en Europa.

El final de la primera guerra mundial no dio paso a un mundo más estabilizado. Políticamente se extendieron los regímenes parlamentarios y avanzó, en los más antiguos, la inclusión de amplias masas en la vida política. Pero los nuevos países europeos o aquellos con débil tradición parlamentaria estuvieron sometidos a fuertes tensiones económicas, sociales y políticas que terminaron por derrumbar sus frágiles regímenes parlamentarios. Estos solo subsistieron en el norte y oeste de Europa. En la década de los 20 se extendió por Europa toda una serie de movimientos basados en tres componentes comunes, el horror y el odio contra toda la izquierda, el rechazo del parlamentarismo liberal, y un fuerte nacionalismo.

En realidad la democracia liberal, que parecía haber salido fortalecida de la guerra debido a la victoria sobre los autoritarios imperios centrales, se encontró en pocos años en franco retroceso en todo el mundo. Posiblemente, desde su nacimiento, el período de entreguerras fue el más crítico para estos regímenes con dos grandes competidores.

De un lado el comunismo, que si bien había quedado aislado a la Unión Soviética, también se había convertido en un fuerte polo de atracción para las masas obreras; con una propuesta de sociedad para superar las lacras del capitalismo y del imperialismo, y de nueva democracia – la soviética – basada en una participación más intensa de las masas. En el lado económico fue muy importante el contraste de la época entre una Unión Soviética que se reconstruía a marchas forzadas basándose en los planes quinquenales y el mundo capitalista que se hundía en la peor crisis económica de su historia en 1929. Pero en el aspecto político y social la revolución soviética había entrado en un proceso de degeneración, con la consolidación del estalinismo, que la alejaban de los

objetivos emancipatorios con los que había nacido.¹¹

El otro gran competidor de las democracias liberales fue el nazi-fascismo. Fue fruto a la vez del temor de las clases dominantes a la amenaza revolucionaria del proletariado -frente a la que representa una forma de contrarrevolución-, y de la crisis política del sistema de dominación de clase, que originó el rechazo del liberalismo. Se apoyó en el nacionalismo extremo bajo la bandera de que su nación particular era marginada en el mundo y había sido “corrompida por el materialismo burgués, los valores liberales permisivos y la política clasista internacionalista de los marxistas”, de esta manera consiguió la adhesión y movilización de amplias capas sociales, y se aprovechó de la “brutalización de la vida” surgida de la primera guerra mundial para imponer regímenes de terror que adquirieron carácter totalitarios.

Dos grandes consecuencias derivadas de la guerra iban a pesar en la creación de un clima cada vez más tenso que en dos décadas desembocaría en una nueva y mayor guerra mundial. La primera fue la agitación social que, espoleada por las dificultades económicas de la postguerra y el ejemplo de la revolución rusa, abrió una larga época de revoluciones socialistas en el mundo. Inicialmente, como se ha visto anteriormente, las insurrecciones y revoluciones fueron sofocadas en Europa, con la excepción de la Unión Soviética, donde se estabilizó el poder soviético después de la victoria en la guerra civil. El triunfo de la contrarrevolución se hizo mediante la imposición de gobiernos fascistas o dictaduras en el sur y centro de Europa.

La segunda consecuencia fue la insatisfacción general derivada de los tratados de paz que siguieron a la guerra. Los dos países que

¹¹ No es este el lugar adecuado para analizar aquí el desarrollo y degeneración del comunismo implantado en la Unión Soviética a través del estalinismo. Para los lectores interesados se puede consultar la obra *Las experiencias históricas de transición al socialismo* de Jesús Sánchez Rodríguez en las siguientes direcciones: <http://miradacrítica.blogspot.com/es/> y <http://es.scribd.com/sanchezroje>

se sintieron más agraviados por los tratados fueron Italia y Alemania. En Italia se produjo una intensa frustración por la que denominaron “victoria mutilada” derivada de los tratados de paz al no satisfacer sus exigencias territoriales ni en Europa, ni en el reparto de los territorios de los derrotados imperios alemán y otomano. Este sentimiento fue explotado por los nacionalistas de Gabriel D’Annunzio, germen del posterior movimiento fascista de Mussolini. En la gestación del fascismo concurrieron, además del sentimiento nacionalista exacerbado, otros factores como la crisis económica de la post-guerra, la dificultad de reinserción de los excombatientes, y la agitación revolucionaria obrera que alarmó a las clases dominantes. El fascismo se erigió como el portavoz y cauce de todos estos sectores descontentos y, tras un período de violencia fascista, Mussolini llevó a cabo la Marcha sobre Roma en 1922 y fue encargado por el Rey de formar gobierno e iniciar, de esta manera, la imposición de un régimen fascista totalitario en Italia.

En Alemania fue unánime el rechazo a los tratados de Versalles. Mediante ellos había perdido parte de sus territorios europeos, todas sus colonias extra-europeas y debía pagar una fuerte indemnización. Este rechazo fue intensamente explotado por el nacionalismo extremo que desembocó en el nazismo para minar a la república de Weimar y preparar el advenimiento del tercer reich. Alemania sufrió intensamente por las turbulencias económicas de la posguerra y de la gran depresión, pero su territorio no había sido devastado por la guerra y mantuvo casi intacto su importante tejido productivo. Alemania también conoció distintos intentos insurreccionales por parte de los comunistas a pesar de las continuas derrotas y represiones que sufrió el movimiento revolucionario alemán. Finalmente, las clases dominantes que habían proyectado un papel hegemónico de Alemania en el mundo habían perdido la guerra primero y el gobierno después con la caída del káiser, pero mantuvieron su poder social y económico. Su aspiración de dominio mundial se plasmaría en un nuevo proyecto encarnado por el nazismo. Todos estos factores contribuyeron al ascenso de

Hitler al poder en 1933.

Pero las dictaduras también se extendieron por otros países de la Europa central, oriental y meridional en el período de entreguerras, hundiéndose sus frágiles regímenes parlamentarios, como ocurrió en España, Portugal, Rumania, Polonia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria y Grecia. Su implantación se consiguió de la colaboración de tres instituciones claves, la burocracia estatal, el ejército y la monarquía ¹² y en algunos de ellos se desarrollaron partidos fascistas a imitación de Italia y Alemania. En Austria, Dollfuss implantó una dictadura clerical (austrofascismo) en 1933 tras aplastar a los socialistas, a la que seguiría el Anschluss (incorporación de Austria como una provincia a la Alemania nazi) en 1938. España conoció dos dictaduras, la de Primo de Rivera en 1923 y la de Franco a partir de la guerra civil de 1936-9. Portugal también conoció una dictadura estable y larga a partir de 1928 con Salazar. Polonia se transformó en dictadura en 1935 a la muerte de Pilsudski. En Hungría la contrarrevolución conservadora del almirante Horthy desde 1919 se inclinó en 1931 hacia el fascismo. En Yugoslavia el rey Alejandro, en 1929, suspendió la constitución y disolvió el parlamento para transformarse en una monarquía autoritaria. En Bulgaria la dictadura militar de 1934 se transformó en la dictadura monárquica del rey Boris en 1935. En Rumania la dictadura la implantó el rey Carol en 1938. Grecia donde el general Metaxas estableció una dictadura con apoyo real en 1936. También Estonia y Letonia pasaron a ser dictaduras en 1933 y 1934 respectivamente.

Las tendencias fascistas y dictatoriales se extendieron también por el resto del mundo, destacando, por la influencia que tuvo en la segunda guerra mundial, el caso de Japón. Un discurso nacionalista radical apoyándose en organizaciones de extrema derecha se impuso en los años 30 y terminó estableciendo una dictadura mili-

¹² Gómez-Navarro, José Luis, El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores. Ed. Cátedra, 1991, Madrid, págs.. 50-1

tar con el objetivo de fortalecer el poder político del emperador y del ejército y proceder a la expansión militar sobre sus vecinos asiáticos.

CONCLUSIONES

Antes de la primera guerra mundial Europa dominaba al mundo a través de sus principales potencias. El expansionismo colonialista había dado un gran impulso a finales del siglo XIX con el reparto de África y parte de Asia. El colonialismo no se agotaría aún con la gran guerra, después de ésta las potencias europeas se repartirían las antiguas provincias del imperio otomano en oriente medio, además de las colonias de la Alemania vencida. Pero esto no era más que un espejismo. La posición europea en el mundo empezaba a ser contestada, primero por el auge de dos potencias extra-europeas, EE.UU. y Japón, pero también por la extensión del nacionalismo entre los países colonizados, impulsado, en primer lugar, por los estragos que la guerra habían producido en las antiguas potencias; en segundo lugar, por el nuevo principio que se imponían al finalizar la guerra, el de la autodeterminación sostenido por el bolchevismo y el wilsonismo y; en tercer lugar, por las nuevas realidades salidas de la guerra, el fin de antiguos imperios como el austro-húngaro y el otomano y la consolidación del primer Estado comunista de la historia. Pero aún tendría que producirse el segundo acto de la tragedia, la segunda guerra mundial, para que definitivamente el papel de Europa quedase eclipsado y tuviese lugar el gran proceso de descolonización en las décadas siguientes.

El tercer ciclo de hegemonía del sistema-mundo capitalista, el británico, había llegado en la fase de declive a la primera guerra mundial. Como en las dos hegemonías anteriores un período bélico iba a decidir quién sería la potencia hegemónica que reemplazaría a Gran Bretaña. Dos candidatos se disputaron el puesto, Alemania y EE.UU. Un observador agudo habría percibido las ventajas fundamentales de las que gozaba EE.UU., su crecimiento

económico ya había superado en muchos aspectos a las potencias industriales europeas, gozaba de grandes reservas de materias primas propias, tenía un importante crecimiento demográfico y, quizás lo más importante, estaba alejado del teatro europeo por lo que no solamente no sufrió la devastación de las dos guerras en su propio territorio, sino que su economía se vio beneficiada por los dos conflictos mundiales. Pero fue necesario derrotar dos veces a Alemania, a través de amplias coaliciones de aliados, para que la disputa sobre la nueva potencia hegemónica mundial quedase resuelta por un largo período.

El capitalismo había tenido un crecimiento espectacular durante el siglo XIX, su crisis más importante, la de 1873-96, dio paso a un nuevo período de expansión que se prolongó hasta la primera guerra mundial. Fue la fortaleza de este sistema económico la que permitió la superioridad europea para imponerse al resto del mundo. Pero al terminar la guerra se tuvo que enfrentar a la consolidación del primer Estado en la historia que representaba una alternativa radical a su dominio, el comunismo. Desde ese momento la lucha por la superación del capitalismo dejaba de ser solo un programa de las organizaciones obreras y socialistas y se plasmaba en un Estado extenso y atrasado que pronto alcanzaría niveles de industrialización semejantes a la de los países avanzados. El proletariado del mundo entero y sus organizaciones tenían un referente real en el que apoyarse en sus luchas. Empezaba una época que duraría siete décadas durante la cual el capitalismo se enfrentaría a una alternativa diferente de gestionar la economía mediante la planificación estatal centralizada. Pero además, en el período de entreguerras, el capitalismo sufriría la crisis más grave de su historia que le llevaría a modificar los presupuestos de su funcionamiento, en el sentido de sustituir el capitalismo de *laissez-faire* por otro donde había una intervención más intensa del Estado en la economía. En los regímenes fascistas, que no eran anticapitalistas, esa intervención fue más intensa, en forma de corporativismo. En los países liberales, especialmente en EE.UU. con el New Deal, esa intervención daría lugar, a través del keynesianismo, a

una nueva modalidad de capitalismo que se impondría definitivamente después de la segunda guerra mundial y se plasmaría en el Estado de Bienestar.

Socialismo, liberalismo y nacionalismo competían en el plano político al inicio de la primera guerra mundial. Inicialmente, el socialismo fue el primer derrotado. La segunda internacional se vino abajo bajo los efectos de las llamadas a la defensa nacional y la unión sagrada. El internacionalismo y los acuerdos de sus congresos anteriores, llamando a una acción del proletariado contra la guerra, fueron abandonados. Solamente una minoría continuó manteniendo esos principios, sin mucha audiencia en un principio. Pero la revolución rusa y la toma del poder por los bolcheviques transformaron completamente la situación. Las tendencias revolucionarias del socialismo tomaron la iniciativa, las insurrecciones y revoluciones se extendieron por Europa aunque fueron derrotadas y el movimiento socialista se dividió definitivamente en dos. De un lado los sectores partidarios de la acción parlamentaria - alrededor de los partidos socialistas que se adhirieron a la unión sagrada - que renunciaron definitivamente a la revolución a favor de una gestión socializadora del capitalismo. De otro lado los sectores revolucionarios, los comunistas, que formaron su propia internacional, encabezando una época de revoluciones que se extendería por varias décadas.

El liberalismo antes de la primera guerra mundial tenía una plasmación política real en regímenes elitistas, que excluían a la masa principal de la población de la participación política. Pero además, estaba aliado con el imperialismo en la expansión colonial de las potencias europeas. Durante el siglo XIX se habían ampliado los sectores sociales incluidos en el sistema político, pero un avance fundamental se realizó con ocasión de la guerra y sus consecuencias. Primero porque el llamamiento a los sacrificios con la movilización de toda la nación para la guerra actuó como presión para ampliar los sectores incluidos en el sistema político y, después, porque el ejemplo de la revolución rusa asustó a las clases

dominantes. Al inicio de la guerra la unión sagrada propició la colaboración gubernamental de los partidos socialistas en los gobiernos y, al finalizar la guerra, los socialistas formaron parte de los gobiernos de los Estados derrotados como Alemania o Austria. Éstas eran formas de reconciliar al liberalismo con la democracia, que parecía salir fortalecida de la guerra. Pero también se trató de un espejismo, porque rápidamente las fuerzas reaccionarias se fueron imponiendo en la mayor parte de la Europa meridional, central y oriental. Los regímenes parlamentarios de esas zonas fueron sustituidos por dictaduras o regímenes fascistas, y la democracia liberal se encontró en uno de sus momentos más débiles de su historia, frente a dos alternativas que la disputaban el dominio político de las masas y las naciones, el comunismo y el fascismo. Como en los otros aspectos señalados anteriormente solo al final de la segunda guerra mundial, con la derrota del fascismo, el liberalismo pudo superar la amenaza proveniente de la extrema derecha y consolidarse frente a la otra alternativa que también salió reforzada, el comunismo.

El nacionalismo fue la corriente política más beneficiada por la guerra y sus consecuencias. El impulso que venía acumulado durante todo el siglo XIX –que había permitido la creación de Italia y Alemania entre otras nuevas naciones– se hizo sentir en el desencadenamiento de la guerra y su desarrollo, fue la fuente que alimentó las tensiones europeas que llevaron a la guerra, propició el entusiasmo inicial de las masas para participar en el conflicto explotando la emociones colectivas, generó una crisis profunda en el socialismo, consiguió levantar las uniones sagradas y, finalmente, al final de la guerra vio reforzada su importancia política con el reconocimiento del derecho de autodeterminación como punto central de los acuerdos de paz y la creación de nuevas naciones a partir del hundimiento de los viejos imperios. El nacionalismo siguió aumentando su predominio al servir de base a los proyectos del nazi-fascismo y extender su influencia por los países colonizados cuyo resultado, después de la segunda guerra mundial, sería la gran ola descolonizadora. Más allá incluso de

esa época siguió mostrando su vitalidad al final del siglo XX cuando el hundimiento del comunismo euro-soviético dio lugar a una nueva ola de creación de Estados.

Finalmente es necesario mencionar el papel del imperialismo. Fue el nexo de unión y el instrumento de expansión del capitalismo y del nacionalismo a la vez. La conquista de nuevas colonias era una necesidad capitalista para invertir capitales y controlar la producción de materias primas, pero también fue una política impulsada por el afán de prestigio nacional. El gran capital utilizó y se benefició de los impulsos expansionistas del nacionalismo¹³ para alcanzar sus propios fines. Regímenes liberales como Gran Bretaña y Francia, y autocráticos como Alemania y Rusia participaron del mismo afán colonizador, pero por las características geopolíticas propias de la época se trató de un imperialismo competidor que impulsó irresistiblemente al mundo hacia la guerra.

¹³ Como recuerda Eric Hobsbawm, “no hay como ser un pueblo imperial para hacer que una población sea consciente de su existencia colectiva como tal” en *Naciones y nacionalismo desde 1780*, pág. 48

BIBLIOGRAFÍA

Amin, Samir, Escritos para la transición, La Paz, 2010

Arrighi, Giovanni, Comprender la hegemonía-1, NLR, 32

Arrighi, Giovanni, Comprender la hegemonía-2, NLR, 33

Briggs, Asa y Clavin, Patricia, Historia contemporánea de Europa. 1789-1989, Crítica, 1997, Barcelona

Cruzier, Maurice, Historia general de las civilizaciones. La época contemporánea, Ed. Destino, 1982, Barcelona.

Droz, Jacques (coord.), Historia General del socialismo. De 1918 1945, Ed. Destino, 1985, Barcelona

Fuentes, Juan Francisco y La Parra Emilio, Historia universal del siglo XX, 2001, Síntesis

G.D.H. Cole, Historia del pensamiento socialista. Tomo III. La Segunda Internacional 1889-1914, Fondo de Cultura Económica, 1975, México

G.D.H. Cole, Historia del pensamiento socialista. Tomo V. Comunismo y socialdemocracia 1914-1931, Fondo de Cultura Económica, 1975, México

Hobsbawm, Eric, Historia del siglo XX, Crítica, 1998, Buenos Aires

Hobsbawm, Eric, Naciones y nacionalismos desde 1780, Crítica, 1998, Barcelona

Hobson, John A., Imperialismo: un estudio

Lenin, El imperialismo, fase superior del capitalismo, Ediciones en lenguas extranjeras, 1975, Pekin

Renouvin, Pierre, Historia de la relaciones internacionales, Akal, 1990, Madrid

Renouvin, Pierre, La primera guerra mundial, Oikos-tau, 1989, Barcelona

Schulze Hagen, Estado y nación en Europa, Crítica, 1997, Barcelona

Therborn, Göran, Dominación del capital y aparición de la democracia, CuadernosPolíticos, número 23, México, D.F., editorial Era, enero-marzo de 1980, pp 16 - 44

Trotsky, León, Historia de la revolución rusa, Ed. Veintisiete Letras, 2007, Madrid

Wallerstein, Immanuel, Análisis de sistemas mundo, Siglo XXI, México, 2006.

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2014
ω